



El problema de fondo

En las últimas semanas he podido leer (por fin) dos de los libros recientes escritos por un antiguo profesor mío de Nuevo Testamento, Willard Swartley. El título de uno de los libros (en inglés) sería algo así como: «Homosexualidad: Interpretación bíblica y discernimiento moral». Swartley aborda este tema como un ejemplo más de situación donde la iglesia necesita discernir y hallar unidad cristiana en torno a la moralidad o inmoralidad de determinadas conductas o concepciones de la realidad.

Otras cuestiones donde —en otro libro, hace décadas— Swartley ha realizado este tipo de investigación bíblica sobre temas que a la iglesia le han sido o le están siendo especialmente difíciles de resolver son: el sábado, la esclavitud, la mujer, la guerra. Quizá la falta de unidad cristiana en torno a tres de estos temas (el de la esclavitud pareciera estar resuelto, a pesar de que hay más esclavos a principios del siglo XXI que los que había a principios del XIX) debería indicarnos que la iglesia necesita una enorme capacidad de paciencia, amor y escucha mutua —y dosis ingentes de buena voluntad— si esperamos adelantar algo en tan espinosas cuestiones de discernimiento moral. La cosa seguramente va para largo y entre tanto, las situaciones intolerables de transigencia moral con «el mundo» (naturalmente, desde cada bando esa influencia del mundo sobre la iglesia se entiende distintamente) seguirán campando a sus anchas entre los hijos de Dios, sembrando discordia y confusión, pecado y condenación de almas —a no ser que Dios acuda a nuestro auxilio.



María Magdalena,
según Antonio da Correggio
(1489-1534)

Según la tradición,
María Magdalena
había vivido de la prostitución
antes de conocer a Jesús.

El hecho, por cierto, de que el tema de «el sábado» nos pueda parecer que está más que resuelto, no debería llevarnos a engaño. Otras personas que basan su fe en los mismos libros sagrados y en el mismo Dios que nosotros, se mantienen en posturas muy diferentes; y se sienten hondamente escandalizados de la ligereza con que el grueso de los cristianos menospreciamos el mandamiento del sábado bíblico —que ellos consideran un don y privilegio, tanto o más que obligación. Asimismo, desde una tradición como la anabaptista o menonita, nos resulta escandaloso que el grueso de los cristianos hayan resuelto el tema de la guerra declarando que es bueno y necesario defender con las armas los intereses de nuestros gobernantes y de los distintos estados donde vivimos

—aunque el resultado sea, inevitablemente, que los cristianos se matan unos a otros con la bendición de sus respectivas iglesias.

Es decir que estos temas de hondo calado moral son «obvios» en su vivencia a diario en las vidas de los cristianos de todo el mundo. El problema es que nuestro discernimiento de la «obviedad» es discrepante. Y que a no ser que Dios sea un Dios de locos, que dice que sí y también que no, que prohíbe pero también permite, que condena pero también hace manga ancha, nos incumbe mantener abierto el diálogo por si el Espíritu todavía sea capaz de llevarnos a todos a un mismo sentir en Cristo.

Porque lo que hay en juego no es solamente la salvación o perdición de nuestras almas eternas, sino la propia santidad y gloria de Dios.

Pero desbarro —me voy en direcciones donde no era mi intención ahondar.

Lo que hay en juego no es solamente la salvación o perdición de nuestras almas eternas, sino la propia santidad y gloria de Dios.

El problema de fondo. El problema de fondo en la cuestión de homosexualidad, afirma Swartley —a

También en este número:

Seguir a Jesús significa...	3
Cuando la vida se nos complica	5
Noticias de nuestras iglesias	6
El libro de Juan	8



Nuestro mundo occidental está de rebote. El péndulo ha llegado al extremo contrario, que es tan enfermizo como podían ser — según se dice— algunos excesos del rechazo cristiano de la sexualidad en determinadas corrientes de fanatismo por un celibato mal enfocado.

ver si lo explico bien, que me dejé el libro en El Escorial y estoy escribiendo de memoria ahora en Burgos— viene de la hipersexualización de nuestra cultura occidental moderna y el rechazo radical del modelo de santidad sexual cristiana que halló su máxima expresión durante más de un milenio, en comunidades de monjes y monjas célibes. Nuestro mundo occidental está de rebote. El péndulo ha llegado al extremo contrario, que es tan enfermizo como podían ser — según se dice— algunos excesos del rechazo cristiano de la sexualidad en determinadas corrientes de fanatismo por un celibato mal enfocado.

Swartley observa una revolución en las actitudes sobre el erotismo y el sexo en la década de los sesenta; coincidiendo con el estallido en Estados Unidos de una contracultura de drogas, música juvenil, activismo contra la guerra y vida en comunas de jóvenes idealistas. No es casualidad que coincidiera a la vez con la aparición de métodos anticonceptivos eficaces, baratos y fáciles de obtener. Aquí en España esa revolución sexual quizá se

retrasó una década, con el famoso «destape» de reacción contra la moral católica apoyada en el estado fascista.

Swartley es de una generación anterior a la mía y su opinión seguramente se basa en la observación personal —entre otros argumentos— de las diferencias en la sociedad que él conoció antes y después de la década de los sesenta. Con todo, sospecho que la represión sexual de la era anterior no fue todo lo eficaz que la pintan. Siempre, desde la más remota antigüedad, ha existido la prostitución, por ejemplo. Asimismo, el abuso sexual de mujeres, niñas y niños — incluso de hombres adultos— ha sido siempre consubstancial con la esclavitud; y en ese sentido nuestra sociedad contemporánea no es muy diferente de otras sociedades esclavistas que ha habido en el pasado. Al contrario: Si cabe, la correspondencia entre esclavitud y abusos sexuales es hoy día más exagerada que lo que ha sido habitual en otras civilizaciones.

En mi opinión, entonces, el antes y después de la «revolución sexual» que vino de la mano de los métodos modernos anticonceptivos, probablemente ha sido exagerado. Al fin de cuentas, el índice de embarazos no deseados —y de interrupción voluntaria de embarazos— no consigue bajar, lo cual parecería indicar que no es tan sencilla y automática la relación entre mejores métodos anticonceptivos y mayor promiscuidad.

Desde luego, no me parece posible negar que la tolerancia social de la promiscuidad sexual y de la diversidad de gustos o «preferencias» sexuales ha evolucionado monumentalmente aquí en Occidente. Ya no se obliga a nadie a la hipocresía; a aparentar ante la sociedad una moral monógama heterosexual y tener que vivir sus fantasías personales en secreto y con una enorme carga de sentimiento de culpabilidad.

Anoto, sin embargo, que esa moral pública monógama y heterosexual tampoco era tan antigua. Probablemente data tan sólo desde la abolición de la esclavitud en los países occidentales; puesto que en las sociedades esclavistas —que lo fueron todas aquí en Occidente hasta el siglo XIX (y lo

siguen siendo ahora, aunque al margen de la ley)— los derechos de los amos sobre los esclavos incluían expresa y abiertamente el derecho a su utilización sexual, fueran mujeres o niñas, niños o varones adultos. Y según en qué época y cuáles condiciones, existían «derechos» más o menos parecidos que ejercía abiertamente la nobleza sobre sus súbditos. De hecho, cuando un «superior» utilizaba sexualmente a una o un «inferior», la persona así sometida a abusos no quedaba jamás deshonrada, puesto que el «honor» sólo se atribuía a personas de clase superior: a los «nobles» que, como la propia palabra lo indica, eran las únicas personas propiamente honorables.

Me inclino a opinar, entonces, que el fondo de las dificultades de sostener en la práctica el ideal de la monogamia heterosexual, es tan antiguo como la civilización, por lo menos; quizá tan antiguo como la humanidad. Desde el punto de vista de la moral cristiana, hacemos mal en obsesionarnos en demasía por el reto que plantean los homosexuales y las lesbianas que exigen igualdad de trato y consideración y respeto en la sociedad y en la iglesia. Si hay un problema —¡y yo lo creo que lo hay!— es con la totalidad de la configuración de prácticas y actitudes que atentan contra la monogamia heterosexual. Esto incluye la trata de esclavas para la industria del sexo; la utilización de niñas y niños en ese mismo negocio; la erotización de la publicidad; el bestialismo; y quizá especialmente la adicción a la pornografía como puente desde el que se salta a todas estas otras prácticas —y

Una de las tareas que tiene por delante la iglesia es consolidarnos como una contracultura de santidad, que valora por igual el don del matrimonio y el don no menos maravilloso de la vida célibe, con todas las oportunidades que se abren para tales personas en el Reino de Dios.

otras, cuya existencia ignoro pero que seguramente las hay.

Y en esto coincido con mi antiguo profesor Swartley: Vivimos en una sociedad donde el sexo —la cópula carnal— se entiende que es uno de los derechos humanos fundamentales. En nuestra civilización occidental contemporánea, se entiende que quien no «practica» el sexo (según sus propios gustos y «preferencias», desde luego) es en algún sentido deficiente. La virginidad no sólo ya no se le presupone a nadie sino que, si se confesase, sería motivo de burlas abiertas o lástima disimulada.

La virginidad previa y fidelidad conyugal, que desde un punto de vista puramente de salud pública sería deseable para todas las parejas reproductoras —evitando todo tipo de complicaciones, desde infecciones víricas a cánceres— queda en ridículo como un ideal ya no sólo inalcanzable sino tampoco deseable. La virginidad previa y fidelidad conyugal, que en las Sagradas Escrituras cristianas se entiende como la condición «normal» del plan del Creador —evitando todo tipo de complicaciones emocionales y males del alma— queda en ridículo como una moral desfasada, insuperablemente anticuada e indeseable.

He aquí el fondo de la cuestión, entonces: La cópula carnal o es un derecho humano fundamental, que sería una inmoralidad inaceptable negar a nadie; o bien es un maravilloso don que el Creador concede —en ciertas circunstancias cuidadosamente estipuladas— a algunos seres humanos, mientras que a otros concede el don igualmente maravilloso y bueno y digno, de la abstinencia por toda una serie de motivos —algunos de ellos no necesariamente de elección personal.

• Lo que está en juego es si aceptamos o no que **somos seres creados**, y que la opinión de nuestro Creador nos importe un pepino.



Y la tarea que tiene por delante la iglesia es doble:

- Consolidarnos como una contracultura de santidad, que valora por igual el don del matrimonio y el don no menos maravilloso de la vida celiibe, con todas las oportunidades que se abren para tales personas en el Reino de Dios.

- Volver a crear comunidades especiales, compuestas específicamente de personas que —por circunstancias de la vida o por elección— han de vivir vidas de abstinencia sexual —provisional o permanentemente— para que se puedan apoyar y animar mutuamente a desarrollar con plenitud y entusiasmo las consecuencias de este don.

—D.B.

Seguir a Jesús significa aceptar la gracia de Dios

por Clarence Bauman

El llamamiento de Jesús a seguirle es un llamamiento muy particular. Allí se nos aparece y se nos entrega Dios para poder reclamarnos y santificarnos como sus testigos en el mundo. Visto así, el llamamiento no es en absoluto un «desafío» humano sino esencialmente una expresión de gracia, inseparable de la acción de Dios en Cristo y de nuestra propia experiencia de la salvación. Es porque Dios se nos entrega en este su llamamiento —para ser nuestro Salvador y guía— que la naturaleza del llamamiento toma la forma de mandamiento. Esencialmente, entonces, el llamamiento tiene que ver con la gracia de Dios que es en sí misma un mandamiento de Dios. Pero nunca es un

mandamiento aparte de la gracia; nunca es un imperativo aparte del indicativo, porque es inseparable del propio Jesucristo.

Sólo es posible pronunciar un mandamiento o llamamiento a personas que ya están sometidas al que manda. De hecho, esa presuposición —que realmente no nos pertenecemos a nosotros mismos sino a Jesucristo— es lo que hace que el llamamiento de Jesucristo resulte tan imperativo, tan exigente. Jesucristo es la base para el reclamo que tiene Dios sobre nuestras vidas. Es en él y por él, por su llamamiento personal a seguirle, que podemos entender ese reclamo. Es en Cristo que el reclamo de Dios sobre

No podemos dejar a Jesucristo de lado en nuestras prisas por el bien ulterior, como si el bien fuese algo diferente, aparte o más allá de él.

nuestras vidas se hace concreto y se cumple. Por consiguiente, la obediencia a Dios siempre conlleva obedecer a Jesucristo. Hacer la voluntad de Dios es obedecer el llamamiento de Jesús a **seguirle**. Y responder al llamamiento significa creer en Jesucristo como Señor y participar en su vida como aprendices en la vocación del

El llamamiento al discipulado no es para que adoptemos una nueva forma de legalismo que espolea nuestras conciencias ya maltrechas. Es una proclamación de liberación de todo tipo de carga y ansiedad, de todo tipo de opresión y tortura que aflige nuestras conciencias y ensombrece nuestras vidas.

Maestro. No podemos dejar a Jesucristo de lado en nuestras prisas por el bien ulterior, como si el bien fuese algo diferente, aparte o más allá de él. Hacer eso sería no entender lo que es «lo bueno» —como le pasó al joven rico (Mc 10,17s). A él el yugo se le hizo indeciblemente duro y la carga insoportablemente pesada, porque en lugar de aceptar la gracia de Jesucristo, quiso presumir de hacerlo solo. No es de extrañar que los discípulos se quedaron atónitos, preguntándose: «¿Y entonces quién puede ser salvo?» Pero para los que confían en la eficacia de la gracia de Dios, sus mandamientos no son difíciles (1 Jn 5,3).

Lo que hace que este llamamiento sea tan exigente es que o se cumple voluntariamente o no se cumple en absoluto. En esta exigencia de libertad, está en juego nuestra entera existencia. La obediencia al llamamiento sólo se puede ofrecer libremente —y si no, ya no es obediencia. El llamamiento de Jesús no es una palabra de tiranía ni de opresión sino una invitación a la libertad de la esclavitud y ansiedad de nuestro egoísmo; de la futilidad y vanidad de nuestros esfuerzos por salvarnos a nosotros mismos sorteando las oscuras ambigüedades de la vida. El llamamiento al discipulado no es para que adoptemos una nueva forma de legalismo que espolea nuestras conciencias ya maltrechas. Es una proclamación de liberación de todo tipo de carga y ansiedad, de todo tipo de opresión y tortura que aflige nuestras conciencias y ensombrece nuestras vidas.



Seguir a Jesús no es algo que sea posible realizar por iniciativa propia ni tampoco cuando nos parezca conveniente. Hubo una vez un hombre, según Lucas 9,57, que se ofreció así a Jesús, diciendo: «Te seguiré a dondequiera que vayas». Jesús le enfrió esos bríos de discípulo voluntario con la respuesta: «Las raposas tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde apoyar su cabeza». El voluntario tenía buenas intenciones para reenfocar sus metas y propósito en la vida —pero no se volvió a saber de él. Otro se ofreció voluntario con tal de poder ir primero a casa a despedirse. A ese, Jesús le dijo que una disponibilidad limitada deja de ser disponibilidad. Cuando recibimos la citación, o respondemos inmediata y plenamente o no estamos respondiendo. El llamamiento al discipulado es un llamamiento a la obediencia incondicional. No es un programa nuestro, hecho conforme a nuestros gustos. Y el que habiendo puesto su mano al arado mira hacia atrás, no es digno de ser discípulo; no es digno del llamamiento (Lc 9,62).

El llamamiento al discipulado no es una invitación a confesar que creemos en Jesús sino una citación para emprender el primer paso en una nueva dirección y hacerlo de inmediato, sin arreglo a nuestras propias ideas. Sin cuestionar. Sin que se acepten ni objeciones ni alternativas. Obedecer el llamamiento significa emprender ese primer paso hacia delante, entregándonos enteramente a Jesucristo. Es, en fin, la negación de toda la vida anterior; el abandono de cualquier otro objetivo personal. No es lo mismo —no necesariamente— que hacer algo grande o valiente sino tan solamente lo que Jesucristo nos exija, sea grande o pequeño, notable o insignificante. No se pide ni más ni menos que obediencia. Aparte de esa obediencia, la fe es una imposibilidad: «¿Por qué me llamáis Señor si no hacéis lo que os digo?» (Lc 6,46).

Seguir a Jesús significa venir a él y ser liberados por él de cualquiera otra cosa en que pudiéramos haber puesto nuestra confianza. Significa liberarnos del desorden y la confusión de toda la variedad de los diversos compromisos y actividades de la vida, para emprender la dirección, la estructura y el destino de una vida nueva bajo su señorío. Significa aflojar todos los demás vínculos de nuestra existencia hasta el punto de estar dispuestos a soltarlos del todo en cualquier instante. Significa «poseer como si no poseyésemos» y actuar como si no actuáramos, en el espíritu de este desprendimiento y desinterés. Significa encomendar nuestra vida entera a Aquel que nos ha llamado y que nos ha libertado para responder así. Seguir a Jesús significa hacer real y eficaz el verdadero propósito de nuestra existencia.

—traducido por D.B. para El Mensajero del libro *On the Meaning of Life (Sobre el sentido de la vida)*, © 1993 por el autor (pp. 101-103).

Génesis 29,21-35

Cuando la vida se nos complica

por Carmen Andres

A veces la vida se nos complica. Y no siempre es fácil seguir creyendo que Dios tenga nada que ver con ella. Las vidas de Jacob, Leah, Raquel y Labán son un buen ejemplo de lo difícil que se nos puede poner la vida — pero también de que, a pesar de todo, Dios no deja de acompañarnos.

Vivir las complicaciones

Jacob llega a Harán con su vida ya bastante complicada. Viene huyendo de las consecuencias de haberle robado la primogenitura a su hermano; y sin embargo viaja con las promesas de Dios. Las cosas no empiezan mal. Encuentra a la parentela de su madre y acaba viviendo donde su tío Labán, que lo recibe como «hueso mío y carne mía» (Gn 29,14). Cuando Labán lo invita a trabajar para él, Jacob le propone trabajar siete años sin cobrar, a cambio de casarse con la hija menor de Labán, Rebeca, de «bella figura y hermoso parecer», de quien Jacob se ha enamorado (Gn 29,17-20).

En ese punto las cosas empiezan a complicarse. En su comentario sobre el libro de Génesis, Eugene Roop indica que la respuesta de Labán es engañosa. Labán parece estar de acuerdo con lo que le propone Jacob, pero ya está tramando la que le va a liar siete años más adelante.

En una escena que de rocambolesca parece de cine, Labán le cambia la novia la noche de la boda, metiéndole en la tienda a Leah, en lugar de Raquel. Jacob ni se entera hasta que sale el sol la mañana siguiente y entonces se encara con Labán, que se escuda en que sólo había hecho lo que mandaba la tradición. A continuación Labán explota descaradamente el amor que siente Jacob por Raquel, consiguiendo que le trabaje otros siete años más por ella.

Van pasando los años y las cosas se ponen más y más complicadas —y duras de sobrellevar. Leah suspira por que Jacob la quiera, pero Jacob quiere a Raquel. Dios ve el sufri-



miento de Leah y «abre su matriz» (Gn 29,31), y así Leah da a luz a un hijo tras otro, esperando que así Jacob la acabe por querer. Pero Jacob sólo se fija en Raquel, que tiene el amor de Jacob pero es estéril. Raquel está tan desesperada por darle hijos a Jacob que le da su esclava —con lo que sólo consigue que Leah haga lo mismo. Entonces por fin Dios escucha los llantos de Raquel y «abre su matriz» (Gn 30,22). Con todo y tener por fin un hijo —el ilustre José— Raquel quiere más. Entre tanto, Jacob y Labán siguen en su enfrentamiento encarnizado por ver quién va a estafar a quién.

Estos ciclos de sentimientos negativos en escalada se eternizan durante años, hasta que Dios por fin instruye a Jacob volver a su tierra.

Dios en nuestras complicaciones

Cada vez que leo esta historia, deseo fervientemente que los resultados pudiesen ser otros. Quiero que Labán y Jacob dejen ya de estafarse uno al otro, que Leah encuentre amor, que Raquel pueda tener muchos hijos.

Pero demasiadas veces la vida es así. En aquel entonces y también ahora. La vida está llena de conflicto y de realidades que nos hacen sufrir. Y como los protagonistas de esta historia, nos esforzamos por cambiar esas realidades —mientras otros consiguen sin el menor esfuerzo lo que nosotros deseáramos con toda el alma. Roop señala que cada hermana tiene lo que la otra anhela. Ambas intentan mani-

pular su situación para conseguir lo que más quieren, pero de nada les sirve. Leah sigue desamada y Raquel — aunque ya tiene un hijo— no se da por satisfecha y acaba muriendo en el parto del segundo. La historia — comenta Roop— acaba y todos se quedan insatisfechos, sufriendo anhelos que jamás se cumplirán.

Pero Dios es fiel a pesar de las complicaciones de la vida. Dios está muy presente, interviniendo especialmente en esos momentos donde cada cual menos parecería merecerlo. Trae vida nueva donde no la había. De situaciones llenas de desilusión, él saca bendición —a pesar de que ellos no consiguen jamás lo que pretenden.

Y esto me consuela. Esta historia se parece a la vida como yo la conozco —y al Dios que camina a mi lado. Según Roop: «Para los que sufren vidas maltrechas, la Biblia no trae ni regañinas ni tópicos facilones sino el hecho de que Dios se acuerda de nosotros. Para los que sólo quieren ser amados o que están atrapados en una vida estéril, la fe no nos trae ni culpabilidad ni frases hechas sino Aquel que vino para que nuestras vidas sean “en abundancia” (Jn 10,10).»

Esta historia me recuerda que Dios siempre nos ama y está activo entre nosotros, por muy complicadas que se nos pongan las cosas. Y esa deberá ser nuestra guía.

—traducido por D.B.
con permiso para El Mensajero, de
<http://www.mennoweekly.org/>
(2 octubre 2007)

Noticias de nuestras iglesias

Se nos casó Edwige

Burgos, 29 septiembre — Las bodas internacionales son ya casi habituales en nuestra comunidad, lo cual se presta a sobresaltos, cambios de fecha y volver a empezar con los planes. Ya nos sucedió hace algunos años con las peripecias que tuvo que pasar Noelia para casarse con Brian en USA. Y ahora nos ha vuelto a pasar con Edwige y la llegada de Dely. Pero al final nuestra «boda africana» fue bonita y especial —como lo es cada boda. Les deseamos las mejores bendiciones de Dios...



«Signos» del Reino

Burgos, 20 octubre — Durante el puente de octubre tuvimos muchas visitas muy especiales; pero la más notable fue la de diez personas de Cataluña y un matrimonio de Asturias, que se encontraron aquí con la familia Lobatón (nuestra familia con personas sordas). Vinieron para bendecir y estimularnos a todos en esta área nueva de necesidad y obra de Dios entre nosotros, particularmente a través del interés y la dirección de Casilda Antón (esposa de nuestro pastor) y de Rosa Lobatón (la oyente de la familia). Vemos que Dios quiere prepararnos para recibir a más personas y familias con discapacidad auditiva en nuestra gran familia. Tuvimos una experiencia única (para nosotros, hasta ahora): la alegría de recibir la enseñanza del pastor David Roldán (de Sabadell), en lenguaje de signos, con su hermana oyente, Ruth, haciendo de intérprete.

Como se observa en la foto, la predicación fue un auténtico ejercicio de «multimedia» —efectos gráficos proyectados en la pantalla, lenguaje de signos, traducción oral para oyentes... Lo que no se puede ver en la foto es que nuestro local estaba lleno a reventar.



Por otra parte, queda establecida la «Reunión africana», ahora cada último viernes del mes, dando espacio y protagonismo a nuestras hermanas y hermanos de África, para que tengan un lugar de encuentros con libertad para buscar al Señor con sus formas y lenguas. También invitan a personas que no vienen regularmente a la iglesia. Nuestra iglesia en general se enriquece con nuestro contingente de inmigrantes, que nos aportan sus anhelos, participación y comunión. En la reunión de octubre, fue Giselle la encargada de dirigir un tiempo de

canciones en francés, mientras Germán trajo una meditación.—*Connie*



Escalada a Peñalara

Hoyo y Madrid, 4 de noviembre — Ayer sábado tuvimos una excursión de montaña a Peñalara, la altura más alta de la sierra de Guadarrama. Hicimos la subida pasando por la laguna del mismo nombre, y subiendo después junto al refugio, por una ruta poco transitada. En el local de Hoyo hubo limpieza general, para ir dejándolo listo. Aunque todavía faltan algunos detalles, la verdad es que va quedando muy bien. —Antonio, en www.anabautistas.org

Excursionismo por el norte de la provincia

Burgos, 10 noviembre — El senderismo sigue siendo un distintivo de nuestra comunidad. Ahora en otoño es una época especialmente agradable para esta actividad. Lo más especial de esta actividad es que nos mezclamos hermanos y hermanas diferentes y de toda edad. Aquí estamos en Tobera —en la zona de Frías— el día de la festividad de Todos los Santos, después de haber hecho una ruta de casi 20 Km. El 12 de octubre estuvimos por la zona del Embalse del Ebro (también en el norte de la provincia) —aunque ese día fuimos un grupo más pequeño. —Agustín



Asamblea anual de la comunidad menonita de Barcelona

Barcelona, 13 noviembre — Del 28 al 30 de septiembre la comunidad menonita de Barcelona celebró la Asamblea anual en un centro de retiros a las afueras de Barcelona y en pleno bosque. Fue un tiempo muy bien aprovechado con espacios para la alabanza, reflexión, evaluar la vida de la comunidad, ocio; así como organizarnos para el futuro. Un momento importante del retiro fue la celebración de la Santa Cena, donde vivimos momentos muy importantes al restaurarse algunas relaciones difíciles entre algunas personas de la comunidad. Esta asamblea también fue el momento para recibir a tres nuevos miembros en la comunidad, que se han añadido a nosotros. —José María Sánchez



Los libros de la Biblia

Juan

Cuando a finales del siglo I de nuestra era Juan se propuso escribir su evangelio, no cabe duda de que tiene que haber sabido de la existencia de los otros tres evangelios (que llamamos «sinópticos» por la óptica o punto de vista similar con que se escribieron). Lo más probable es que Juan los haya leído y conocido.

¿Por qué, entonces, emprender la escritura de un cuarto evangelio?

Seguramente la respuesta está en que Juan escribe para una generación posterior, en circunstancias nuevas.

Ya veremos cuáles fueron esas circunstancias nuevas, pero primero quiero observar una continuidad entre Juan y los otros tres evangelios. Todos emplean el término «los judíos» para referirse a los que se oponen a Jesús. Y en los cuatro, la definición de ese término es diferente de lo que significa hoy. A veces es una designación regional: Jesús y sus discípulos eran «galileos», mientras que los «judíos» eran los que habitaban más al sur, en la región próxima a Jerusalén. Otras veces «los judíos» parecen ser, más específicamente, los habitantes de Jerusalén, como contraste entre esa conglomeración urbana y «el pueblo» campesino, quienes vivían en pequeñas aldeas rurales (como las de Jesús y sus seguidores). Otras veces «los judíos» en los evangelios parece indicar esa elite culta de los rabinos («escribas y saduceos y fariseos») que se entendían autorizados para hablar en representación de todas las personas, en todo el mundo, que hacían suya la tradición bíblica. En ningún caso, entonces, tenemos «antisemitismo» en los evangelios; sino sencillamente un conflicto interno entre judíos.

Como Marcos, Juan omite mencionar que el nacimiento de Jesús tuviera nada de extraordinario. El concepto de la virginidad de María carece de interés para Juan, como tampoco figura entre las doctrinas que enseñan los escritos de Pablo, Pedro, Santiago y el autor anónimo (o autora) de Hebreos. Habíamos visto que Marcos

empieza con Jesús ya adulto porque en su manera de escribir, imprimía la máxima urgencia al mensaje evangelizador de Jesús. Marcos fue, además, el primero de los cuatro evangelios en redactarse —y ya vimos que posteriormente su final tuvo tan poca aceptación, que se creyó oportuno añadirle algunos versículos. Pero que Juan — escribiendo **después** que Mateo y Lucas— decidiera no mencionar la virginidad de María, eso sí llama la atención.

En lugar de una narración de la Natividad de Jesús, lo que nos da Juan es un prólogo de tipo filosófico *helenista* (ver explicación más adelante) sobre el «Logos» divino. Traducido habitualmente como «la Palabra» o «el Verbo», el «Logos» es para Juan una especie de emanación de la Sabiduría divina, cuya pronunciación efectiva y hace eficaces todas las obras de Dios —y que ahora se hace carne en la persona de Jesús.

He indicado que este prólogo de Juan es de tipo filosófico *helenista*. Esto significa que comparte muchas de las presuposiciones sobre la naturaleza de la realidad, con **el mundo griego**. Pero es necesario notar que a todo esto las sinagogas judías esparcidas por el mundo, eran parte de ese mundo griego. Más o menos como los cristianos estamos hoy día inmersos en el mundo occidental moderno. Y así como entendemos habitualmente que no hay —ni puede haber— ningún conflicto entre la Verdad de nuestra fe y cualquiera verdad que objetiva y científicamente se establezca como tal verdad en nuestro mundo, así también los herederos de la fe de Abraham en el mundo griego, se explicaban sus propias creencias utilizando conceptos propios de la filosofía de ese entorno helenista en que vivían.

Y es así como Juan explica en términos helenistas la naturaleza de Jesús como «Palabra» e «Hijo», y luego también explica la relación entre esa divina realidad hecha presente en Jesús, y la que ha de hacerse presente en

nosotros sus discípulos. El Jesús de Juan nos invita, entonces, a «comer su carne y beber su sangre» y a ser así «uno» entre nosotros como él mismo y el Padre son «uno». El «Paráclito» (traducido habitualmente como «Consolador») —un término griego que sólo Juan emplea para referirse al Espíritu Santo— es una segunda emanación divina que nos llenará, paralela aunque diferente a la emanación del «Logos», y que hará que esa unidad entre nosotros y Dios (y entre nosotros mutuamente) sea posible, así como es posible la unidad entre él (Jesús) y el Padre.

Juan es así nuestro ejemplo a seguir en **la labor misionera** de interpretación del evangelio entre civilizaciones. Así como con Juan el evangelio consigue saltar desde el entorno rural galileo (de lengua aramea) al mundo filosófico helenista del Imperio Romano, a nosotros nos incumbe reinterpretarlo para cualquier otra civilización —pero muy especialmente para la nuestra.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org